
ALEJANDRO BLANCO***RAZÓN Y MODERNIDAD. GINO GERMANI
Y LA SOCIOLOGÍA EN LA ARGENTINA***

BUENOS AIRES, SIGLO XXI EDITORES, 2006, 250 PÁGINAS

JOSÉ D. BUSCHINI*

Según Alejandro Blanco:

Durante mucho tiempo, la historia de la sociología en la Argentina y la figura de Gino Germani, uno de sus principales protagonistas, han estado marcadas por el signo de la controversia y de las versiones encontradas. Una de esas versiones pretende que no hubo sociología antes de Germani. La otra, en cambio, afirma la proposición inversa. Para algunos, Germani fue un sociólogo “empirista”, más preocupado por los datos que por su significado; para otros, un sociólogo “funcionalista”, algo que en los agitados años sesenta significaba un compromiso con una teoría del orden. Unos dijeron que era “marxista”; otros, sin embargo, le reprocharon su falta de comprensión de los verdaderos problemas nacionales. Su simpatía hacia la sociología norteamericana, sumada a los fondos que recibió de parte de algunas fundaciones norteamericanas, sirvió para que muchos vieran en él a un agente del imperialismo cultural norteamericano (Blanco, 2006: 243).

Si he comenzado esta reseña con una cita tan extensa, es porque considero que ésta refleja en buena medida el principal objetivo del libro de Blanco. En efecto, el libro se aboca a la tarea de cuestionar cada uno de estos mitos, poniendo en una nueva perspectiva, ahora que, como señala el autor, el tiempo transcurrido y el nuevo contexto político permiten una nueva mirada, la trayectoria de Gino Germani y el proceso de institucionalización de la sociología en la Argentina.

Una cuestión para destacar, antes de pasar directamente al análisis del modo en que son presentados los argumentos, es el

* Becario CONICET, Instituto de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología, Universidad Nacional de Quilmes. Correo electrónico: <jbuschini@unq.edu.ar>.

contexto en que se produce la aparición de este libro. En el 2006 vieron (o verán) la luz al menos tres libros dedicados al estudio de la institucionalización y desarrollo de disciplinas científicas en la Argentina: el libro de Blanco, el de Alfonso Buch *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina*, y el de Pablo Kreimer (en prensa) *Ciencia y periferia. Nacimiento, muerte y resurrección de la biología molecular en la Argentina*. Algunos de los capítulos de *Intelectuales y expertos*, libro editado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin (2004), apuntan en un sentido similar. Estas obras constituyen, en buena medida, el resultado de pacientes investigaciones que sus autores llevaron a cabo en los últimos diez años, cuyas versiones preliminares fueron presentando en diversas oportunidades. Se erigen, asimismo, como los pilares sobre los cuales iniciar discusiones empíricamente informadas sobre lo que podría etiquetarse como un análisis comparado de la institucionalización y desarrollo de las disciplinas y especialidades científicas en la Argentina.

Un aspecto sumamente interesante, respecto a la aparición de estos libros, es que contribuyen en muchos casos a poner en una perspectiva balanceada muchos de los mitos sobre el desarrollo de las actividades científicas en el país. Es inevitable, y sintomático, que en cada uno de ellos aparezca la necesidad de cuestionar las periodizaciones canonizadas, los mitos fundantes establecidos, el papel de diferentes regímenes políticos, entre otras cuestiones.

Volviendo ya sobre el libro de Blanco, luego de una revisión sobre las diferentes corrientes historiográficas para la realización de una historia de la sociología, comienza el análisis del primero de los mitos sobre Germani: ¿fue realmente Germani quién inició “todo” en la sociología argentina? ¿Fue este investigador de origen italiano el protagonista de una gesta heroica que sacó a la sociología de las tinieblas de la “sociología de cátedra” y el ensayismo? El segundo capítulo del libro, “La sociología en la institución universitaria”, está dedicado, precisamente, a elucidar esta cuestión. Lo que se observa allí es que la respuesta, lejos de plantearse en términos tajantes, se presenta con fuertes matices. Blanco toma del sociólogo norteamericano Edward Shils un conjunto de ele-

mentos que caracterizarían a una disciplina institucionalizada, para evaluar la situación de la sociología en la Argentina desde principios de la década de 1940. Los elementos destacados son: que pueda ser estudiada como un tema mayor más que como una materia adjunta; que sea enseñada por profesores especializados en el tema y no por profesores que hacen de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal; que existan oportunidades para la publicación en revistas especializadas antes que en revistas consagradas a otros temas; que haya financiación y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas en lugar de que esos recursos provengan del propio investigador; que existan oportunidades establecidas y remuneradas para su práctica así como una “demanda” relativa a los resultados de la investigación; que surjan sociedades científicas; que emerjan libros de textos como indicadores del desarrollo de herramientas y problemas comunes.

Bajo este foco, la pregunta que guía el análisis de Blanco es: ¿qué ocurrió con la sociología en la Argentina entre principios de la década de 1940 y la caída de Perón? La respuesta, como indiqué, parece estar para este autor cargada de tonos grises antes que de oposiciones antagónicas. Para dar cuenta de ello, Blanco realiza una distinción entre lo que ocurrió, por un lado, entre 1940 y 1946 y, por el otro, lo que aconteció desde allí hasta la caída del gobierno de Perón.

Con respecto al primer recorte, encuentra una situación que dista en buena medida de aquella planteada por Shils, pero en la cual “la evidencia empírica disponible revela que [...] algunos de los indicadores de la existencia de una disciplina ya están presentes” (Blanco, 2006: 52). ¿Cuál es esta evidencia empírica? En primer lugar, en 1940 se crea la primera institución consagrada a la disciplina: el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, donde se desempeñaron un conjunto de actores con intereses intelectuales considerablemente heterogéneos, como lo eran su director Ricardo Levene, Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Jordán Bruno Genta, Raúl Orgaz, Alfredo Poviña y Renato Treves. En segundo lugar, la aparición dos años después del *Boletín del Instituto de Sociología*, primera publicación oficial relativa a la sociología, que será editado regularmente entre ese año y 1947. Al respec-

to, quisiera agregar desde aquí que, ya entrando en el terreno comparativo con el desarrollo e institucionalización de otras disciplinas científicas en el país, la aparición de boletines, anales o revistas locales parece haber sido una práctica usual en el complejo o campo de investigaciones científicas del período. Esta práctica, se sugiere desde aquí, es fundamental si se la observa desde el punto de vista del desarrollo de las actividades científicas durante la primera mitad del siglo XX en el país: la creación de estos canales permitió comunicar las actividades desplegadas, las investigaciones desarrolladas (en caso que lo que se comunicara fueran efectivamente investigaciones originales) y, cuestión que para este caso se encarga de enfatizar Blanco, se constituyeron como organismos de actualización bibliográfica. En efecto, remarca el autor que

[...] la tarea de actualización bibliográfica fue considerable, ya sea a través de la sección de reseñas bibliográficas –en los cinco números editados entre 1942 y 1947 se publicaron un total de 84 reseñas bibliográficas– como a través de la sección de “noticias bibliográficas”, que registraba la aparición de obras de sociología publicadas en español, inglés, francés e italiano así como de las principales revistas regionales e internacionales del campo (Blanco, 2006: 60).¹

Junto a lo anterior, y en tercer lugar, el Colegio Libre de Estudios Superiores dio lugar a la enseñanza y difusión de la sociología; y, cuestión fundamental, se desempeñaron en diferentes instituciones personajes que, como el propio Germani, Renato Treves y Miguel Figueroa Román, buscaron una reorientación intelectual de la sociología, la cual la enfocó hacia el tipo de investigaciones empíricas que en esos años eran la marca distintiva de la sociología norteamericana. Asimismo, y para finalizar, se dio lugar en esos años a una red de intercambios y relaciones con diferentes institutos de sociología regionales e internacionales.

¹ Hay que destacar que, por las características propias de las ciencias sociales, la actualización bibliográfica y el acceso a los principales trabajos en la materia se debieron, en la Argentina y en esos años, como documenta extensamente Blanco, a una creciente actividad editorial que implicó la aparición de nuevas editoriales, colecciones destinadas a la sociología y una intensa labor de traducción por parte de profesores locales.

De este modo, aun cuando no estén presentes todos los elementos enumerados por Shils, un análisis de ese primer subperíodo le permite a Blanco afirmar que

[...] hacia esos años la sociología ha alcanzado cierto grado de institucionalización y visibilidad pública en el sentido que existe como algo relativamente diferenciado de otras disciplina del mundo social: tiene su sistema de publicaciones y sus instituciones diferenciadas (Blanco, 2006: 53).

Con respecto al segundo subperíodo analizado, aquel que va de 1946 a 1955, el autor comienza señalando la poca atención que ha recibido hasta el momento por parte de historiadores de la disciplina. Para su análisis, establece una distinción entre un plano institucional y otro intelectual. En relación al primero de ellos, destaca que fue allí cuando se crearon las principales bases organizativas de la disciplina, y su enseñanza alcanzó un mayor grado de inserción en el sistema universitario. En cuanto al plano intelectual, para el autor lo que ocurrió en la sociología se inscribe en un proceso más amplio caracterizado por un declive de las expresiones liberales y socialistas con relación a posturas provenientes del nacionalismo católico. En ese marco, apunta, la enseñanza de la sociología quedó a cargo de sectores provenientes del nacionalismo católico y del catolicismo nacionalista, quienes desplazaron a las posiciones liberales y socialistas. Ganaron peso, en esos años, personajes como Alberto Baldrich, Rodolfo Tecera del Franco, Juan Pichón Rivière, José Miguens, Francisco Valeschi y César Pico; deudores de esas corrientes de pensamiento. Ésta fue la tónica general, con las excepciones de algunos profesores como Alfredo Poviña o Miguel Figueroa Román, quienes adscribían en alguna medida a la tradición liberal. La sociología que profesaron quienes dominaron las cátedras a partir de 1946 tuvo como rasgo principal, aunque con algunas excepciones, las críticas a la sociología como ciencia positiva y a la sociología norteamericana, empírista. Este rasgo compartido, sin embargo, oculta según Blanco un escenario con mayor grado de heterogeneidad intelectual, en donde algunos promovían una visión católica de la sociología mientras que otros cuestionaban estas pretensiones.

Asimismo, a partir de comienzos de la década de 1950, algunos miembros de la sociología local, especialmente el mencionado Poviña, comenzaron a fomentar un proceso de institucionalización de la sociología que se articulara con el proceso de institucionalización internacional, que se estaba produciendo en esos años. Dejaré por el momento esta cuestión, pues será fundamental para comprender las actividades de Germani a partir de la caída del peronismo, al menos en la clave de interpretación provista por Blanco.

Previo al análisis de estos enfrentamientos, el autor realiza, en la segunda parte del libro, un análisis de la trayectoria intelectual de Gino Germani, que permite cuestionar el segundo de los mitos tantas veces evocado: aquel que lo sindica como un seguidor fiel del estructural-funcionalismo norteamericano, sin otros horizontes intelectuales de aquellos que éste pudiera proveerle.²

El primer modo que se emplea para cuestionar esta concepción es analizar el papel de Germani como editor.³ Para ello, Blanco parte de la pregunta: ¿qué libros editaba y traducía Germani? La legitimidad de esta pregunta, va a sostener, radica en que la aparición de estos títulos no es un aspecto marginal para la comprensión de las actividades de enseñanza e investigación de Germani, pues destaca, entre otros elementos, que los mismos aparecían en los programas de enseñanza del Departamento que éste dirigiría luego de 1956, y que los alumnos y asistentes del Instituto oficiaban como traductores. Estos indicios le permiten postular que “todo parece indicar el carácter estratégico que buena parte de esta literatura habría de jugar en la constitución del perfil disciplinario de la naciente sociolo-

² Blanco argumenta, de todas maneras, que “ciertamente, no se trata de negar la importancia de la figura de Parsons en la obra de Germani, como tampoco de afirmarla *a priori*. Una aproximación al problema exigiría, en principio, reconstruir el contexto intelectual en el que tuvo lugar el ingreso de Parsons en la Argentina y especificar, seguidamente, qué problemáticas y qué aspectos de esta última encontraron mayor eco en los textos de Germani” (84, 85).

³ Para analizar el papel de Germani como editor, Blanco realiza una tarea de contextualización que consiste en dar cuenta de las principales características del mundo editorial desde principios de la década de 1940 y durante el peronismo. La tarea no se acota a un listado de libros traducidos o colecciones abiertas: se rescata, también, la significación social del mundo editorial en ese período, principalmente como canal de expresión de un conjunto de actores opositores al peronismo, a la vez que como fuente de empleo.

gía como en el rumbo tomado por la disciplina una vez institucionalizada” (Blanco, 2006: 86), pudiendo afirmarse que “las innovaciones introducidas por la sociología en el campo intelectual y disciplinario argentino estuvieron fuertemente asociados a la empresa editorial de Germani” (Blanco, 2006: 87).

Ya entrado en el análisis de los libros traducidos y publicados, Blanco señala que lo que se tiene ante los ojos en una primera aproximación, superficial, es una fuerte heterogeneidad teórica y disciplinar. Sin embargo, se va a preguntar si es posible (y tratará de demostrar que sí lo es) encontrar hilos comunes en marcos teóricos tan dispares como la escuela de Frankfurt, el culturalismo, el psicoanálisis reformista, la *gestaltheorie* y el interaccionismo simbólico; y en disciplinas también diferentes como la antropología, el psicoanálisis, la teoría política y la psicología social. Tras una detallada descripción de la situación editorial argentina durante las décadas de 1940 y 1950, en relación con las ciencias sociales, Blanco argumenta que la política editorial de Germani busca, más que llenar un vacío (en esos años habían sido, o lo estaban siendo, traducidos al español Weber, Mannheim, Tönnies, Simmel, Sombart, Spann, Freyer, Durkheim y Gurvitch), darle una orientación particular a la reflexión sociológica, cuya singularidad radicaba

[...] por un lado, en conectar las ciencias sociales con una nueva agenda, la relativa al debate en torno de la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia y, por el otro, en ampliar el horizonte teórico y conceptual de la sociología, sustrayéndola del contexto de un vocabulario restringidamente disciplinario e inscribiéndola en todo caso en el contexto más amplio de las ciencias sociales [abriéndose particularmente a influencias de la psicología y la antropología] (Blanco, 2006: 115).

Este doble principio de orden, el de la reorientación temática y el de la ampliación teórica, lejos de estar separados, encuentran para Blanco articulación en

[...] un “proyecto cultural” que ligaba las ciencias sociales a un programa de intervención práctica sobre el mundo social [que] buscaba articular los saberes de la psicología social, la

psicoterapia y la teoría de los “pequeños grupos” con un programa político de intervención práctica sobre el mundo social que fuera capaz de transformar las relaciones sociales en una dirección democrática. Algo así como una microsociología asociada a una micropolítica (Blanco, 2006: 129).

Dentro de este cuadro, el autor destaca que un aspecto fundamental en la actividad editorial e intelectual de Germani en esos años fue la inclusión entre su marco de referencia de la Escuela de Frankfurt. Este elemento se suma a los anteriores para desacreditar la imagen de Germani como un investigador exclusivamente abonado a la escuela estructural-funcionalista. Su interpretación sugiere que son varias las propuestas de esta escuela que atrajeron la atención de Germani. En primer lugar, un modo de trabajo que incluía la base experimental, el uso de datos cuantitativos y cualitativos, y la realización de investigaciones colectivas que incluían investigadores de diferentes disciplinas; elementos todos que eran afines a la idea de sociología que Germani tenía por esos años. En segundo lugar, por cuestiones político-ideológicas caracterizadas por el intento, mencionado con anterioridad, de concentrarse en el estudio de las sociedades de masas, el advenimiento de los totalitarismos y la quiebra de las democracias. En este marco, un aspecto destacado fue el análisis sobre el fenómeno peronista, que cristalizó en el famoso ensayo de 1956 *La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo*, que Germani escribió, comenta Blanco, luego de un pedido del presidente *de facto* Pedro Aramburu sobre la posibilidad de organizar una campaña de desperonización, y cuyas principales vetas son analizadas por mernorizadamente.

Concluido el análisis de la trayectoria intelectual de Germani, la tercera parte del libro (los capítulos 6, 7 y 8) retoma el proceso de institucionalización de la sociología, concentrándose esta vez en el período posperonista, donde tuvo lugar la consolidación de la “sociología científica” en el marco de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Al igual que en el resto del libro, aquí también se observa que el accionar de Germani, y su grupo en este caso, debe ser comprendido a la luz de grupos rivales que, al igual que Germani y en neta contraposición a éste, detentaban un pro-

yecto que poseía ribetes intelectuales e institucionales, estos últimos con proyección nacional e internacional.

A grandes rasgos, el argumento de Blanco en el sexto capítulo del libro es que en el terreno intelectual la disputa opuso a aquellos que promovían una versión “culturalista” de la sociología, quienes consideraban que las impresiones e intuiciones constituían el modo de acceso privilegiado al estudio de lo social, dada su naturaleza primordialmente espiritual; a los que postulaban que la sociología debía encontrar nuevos métodos, principalmente aquellos asociados a la investigación empírica, buscando aunar en sus esfuerzos la producción teórica y la obtención de datos. Un capítulo interesante de esta confrontación, cuenta el autor, se dio en torno a los diferentes significados que adquirió la metodología weberiana.

El capítulo siguiente se concentra primordialmente en la descripción de las actividades que tuvieron curso en la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) a partir de 1955, en los recientemente creados Carrera, Departamento e Instituto de Sociología. Blanco comienza realizando una suerte de resumen sobre las principales transformaciones que acontecieron en la universidad argentina luego de la caída del gobierno de Juan Domingo Perón, especialmente en la Universidad de Buenos Aires; tarea que le permite poner en contexto el caso particular. Para ello, se basa tanto en algunos trabajos que pueden ser considerados ya clásicos sobre el tema⁴ como en el uso de algunas fuentes primarias. Estas transformaciones son fundamentales para comprender el curso de las actividades en la FFYL, y deben añadirse, en la interpretación del autor, aquellas que en el contexto internacional daban lugar a un conjunto de mutaciones intelectuales en las ciencias sociales y, junto a ello, la creación de nuevas organizaciones e instituciones encargadas de que estos cambios alcancen diferentes ámbitos sociales, entre ellos el sistema de educación superior.

En cuanto a la descripción de la creación y desarrollo del Departamento, lo primero que destaca Blanco es el rol del movimiento estudiantil reformista del CEFYL que, opositor al régimen peronista, cumplió un papel clave en el surgimiento

⁴ La nómina incluye, entre otros, a Túlio Halperin Donghi (1962), Silvia Sigal (1991) y Pablo Bucbinder (1997).

de lo que posteriormente sería el Departamento liderado por Germani. Ampliando un poco el espectro, es posible afirmar que esta situación no fue exclusiva de la Facultad de Filosofía y Letras, sino que esta alianza entre estudiantes y cuerpo de profesores reformistas se extendió a otros ámbitos de la Universidad de Buenos Aires, estableciendo un movimiento que pretendía transformarla.

En lo que refiere a las actividades que se desarrollaron, el autor destaca varios elementos. En primer lugar, las transformaciones en el modo de entender la enseñanza de la disciplina, que comenzó a incluir la realización obligatoria de actividades de investigación (inscribirse en el Instituto era un requisito indispensable para los alumnos de la carrera), un cambio en el plan de estudios que comprendía el dictado de materias metodológicas, y, por último, la necesidad de cumplir con “horas de investigación” para la obtención de la licenciatura. En segundo lugar, y vinculado con los cambios anteriores, como consecuencia de la falta de profesores que estuvieran al tono con los nuevos tiempos, se invitó a numerosos investigadores extranjeros para que socializaran a los miembros del instituto en el empleo de las técnicas de investigación. En tercer lugar, y en cuanto a las investigaciones, para resolver la falta de una tradición en esta materia, se generaron alianzas con instituciones regionales e internacionales, tales como el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales. El establecimiento de estas relaciones, postula Blanco, fueron fundamentales para la obtención de la financiación necesaria para la realización de investigaciones empíricas de grandes magnitudes. En este terreno fueron importantes, también, el CONICET en el plano local, y las Fundaciones Ford y Rockefeller, en el plano internacional. En cuarto lugar, se estableció un programa de becas (internas como externas) que fue fundamental para la formación del personal del Instituto, viajando muchos de ellos a formarse a los Estados Unidos de América.⁵ En quin-

⁵ Hacia el final del libro, cuando quedan anunciados los conflictos que comenzaron a darse al interior del grupo de Germani, sin recibir mayor tratamiento porque se escapa del período analizado, se puede observar que los viajes al extranjero se constituyeron un arma de doble filo: a su regreso y en el

to lugar, se produjo un cambio en el modo de producción intelectual, caracterizado por un desplazamiento de la escritura del tratado o manual hacia la realización de “informes de investigación”, basados en los datos propios producidos principalmente a partir de encuestas. Esto generó, según Blanco, nuevas formas de organización del trabajo, que ahora adoptaron un carácter mayormente colectivo. Finalmente, el último elemento del que da cuenta Blanco ocurre en el plano temático, en donde los tópicos dominantes fueron “ofrecer una interpretación de la naturaleza y significado del fenómeno político peronista como en la definición de una fórmula política posperonista para la nueva etapa que se abría” (Blanco, 2006: 205). En cuanto al segundo ítem, la producción cristalizó en una preocupación por el desarrollo económico que, articulándose con las teorías del desarrollo promovidas por entonces desde organismos como las Naciones Unidas, principalmente a partir de una de sus instituciones, la CEPAL, vinculó como nunca hasta ese momento la investigación interdisciplinaria entre sociólogos, economistas e historiadores. Fue en ese marco, postula Blanco, que la producción teórica se orientó hacia el desarrollo de una teoría de la modernización, vinculación que el autor se encarga de explicitar detalladamente, mostrando asimismo los motivos que originaron el declive de esta teoría, paulatinamente sustituida por aquella de la dependencia.

Todos estos elementos hicieron que, según Blanco, Germani lograra en el curso de unos pocos años una marcada expansión del Instituto de Sociología.⁶

marco de una creciente radicalización política, algunos becarios traían de afuera nuevos intereses y orientaciones intelectuales (el marxismo tuvo una influencia preponderante) que colisionaban con aquellas promovidas por Germani.

⁶ En un trabajo realizado junto a Lucía Romero a propósito del desarrollo del Departamento de Física de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires para el período posperonista, identificamos una serie de elementos y procesos muy similares a los que describe Blanco. Al igual que en este caso, se puede observar en aquel la presencia de una fuerte centralización en las decisiones (aunado a una clara orientación estratégica del curso que debe seguir la consolidación del Departamento), la afluencia de profesores extranjeros, un programa de becas externas que eran otorgadas a aquellos estudiantes que luego retornarían para desarrollarse en el Departamento en áreas que eran necesarias para el desarrollo del mismo, la obtención de subsidios internacionales, cambios en los planes de estudio (se introdujo la parti-

Finalmente, el último capítulo de esta tercera parte del libro retoma a los personajes que protagonizaban la primera. Lo que aparece, allí, es la puesta en cuestión de un nuevo mito. En efecto, para Blanco lo que ocurrió luego de la caída de Perón no guarda directa relación con aquello que la versión más extendida, alimentada de una fantasía teleológica, quisiera hacer creer: no se trató de una sustitución obvia (necesaria) de la “sociología de cátedra” por la “sociología científica”. Antes bien, lo que Blanco intenta demostrar es que, por un lado, los esfuerzos de Germani por imponer (institucional e intelectualmente) su modo de entender la sociología se dieron sobre un fondo de institucionalidad previo que quienes detentaban no estaban dispuestos a ceder fácilmente, y que, por otro lado y en buena medida como consecuencia de esta situación, se produjo una situación de fractura en la disciplina, que se caracterizó, más que por el enfrentamiento abierto, por la mutua omisión. Las instituciones, nacionales como regionales, que existieron en esos años fueron creadas, en algunos casos, como parte de una ofensiva que Germani emprendió contra la armazón institucional que Poviña había creado en años previos. En otros casos, fueron creadas como reacciones del grupo de “sociólogos de cátedra” a la ofensiva de Germani. Así, ambos bandos, el de Germani y el que lideró principalmente Alfredo Poviña, tuvieron sus ámbitos institucionales, sus alianzas regionales e internacionales (debe recordarse que el enfrentamiento local se dio a su vez en el marco de un contexto internacional en transformación), sus canales de comunicación, entre otras cuestiones. Casi como en un espejo, allí donde el grupo de Germani se desempeñaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en la Asociación Sociológica Argentina (ASA), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Centro Latinoamericano de Investigación

ción del año lectivo en dos cuatrimestres, dictando los profesores titulares un curso general y un seminario para estudiantes avanzados). Junto a ello, un proceso que fue fundamental en el Departamento de Física fue el otorgamiento de numerosas dedicaciones exclusivas que afectaron no sólo a los Profesores Titulares, sino también a jefes de Trabajos Prácticos y ayudantes de primera. Este aspecto lo destacábamos como un elemento esencial para la consolidación de grupos de investigación en la estructura universitaria. En el libro de Blanco no aparecen consideraciones sobre lo que ocurrió en la Carrera de Sociología al respecto (véase Romero y Buschini 2006).

en Ciencias Sociales (CLACSO), y la International Sociological Asociation (ISA); Poviña y sus seguidores lo hacían en la carrera de Sociología de la Universidad Católica, en la Sociedad Argentina de Sociología (SAS), la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y el Institut International de Sociologie (IIS).⁷

Esta situación puede ser comparada, me parece, con aquella que describe Alfonso Buch a propósito del desarrollo de la fisiología en la Argentina: más que por la integración en un campo, en tensión pero integrado a fin de cuentas en torno al reconocimiento de ciertos criterios compartidos, las actividades de Bernardo Houssay y Frank Soler se caracterizaron por la escisión, el desprecio y la negación mutua, en donde los competidores no se reconocían como oponentes legítimos. Una situación similar queda bien reflejada en la siguiente expresión de Blanco:

[...] la existencia de ambas redes obró [en referencia a los contactos internacionales de ambos grupos] como una instancia externa de legitimidad en un contexto institucional local caracterizado por la falta de acuerdo en torno de una definición común de la profesión, de sus tareas, de sus métodos como de sus objetivos” (Blanco, 2006: 240).⁸

La comparación se hace plausible, asimismo, si se atiende a la violencia de las prácticas emprendidas. Expresión de esta violencia, para citar un caso, son algunas citas de uno de los “sociólogos de cátedra”, Fernando Cuevillas, que Blanco trae a colación: “Cuando en el ‘55 nos echan a todos [...] Germani es encumbrado como democrático y entroniza su grupo de Buenos Aires, que nos niega toda posibilidad. Incluso, Germani lo hace echar a Poviña”, y también: “Cuando nuestra

⁷ Resulta muy esclarecedor el modo en que Blanco muestra como el estado de los enfrentamientos y alianzas locales, regionales e internacionales hacen que la figura de Poviña resulte en un corto período de tiempo primero elevada y luego devaluada por diferentes miembros destacados de la disciplina.

⁸ Blanco apela, para esta interpretación, a las reflexiones de Silvia Sigal sobre uno de los elementos involucrados en el debilitamiento de los campos culturales en las sociedades latinoamericanas en general, y en la Argentina en particular, a saber: la dependencia de instancias externas de consagración.

gente pedía becas al CONICET para estudiar afuera Germani sistemáticamente los tachaba. [Los del Departamento de Sociología de Buenos Aires] eran nuestros adversarios” (Blanco, 2006: 221).

Las diferencias existentes entre ambos bandos no se limita, según el modo que lo presenta Blanco, a las instituciones en que se enmarcaron: existen diferencias de tipo profesional (mientras que el grupo de Poviña estaba constituido principalmente por abogados y tenían a la enseñanza de la sociología como una actividad secundaria, el grupo de Germani tenía en las actividades de enseñanza e investigación en el seno de la universidad como tarea principal) y culturales-políticas (mientras que el primer grupo reclutaba sus miembros principalmente en el catolicismo, el nacionalismo y el peronismo; el segundo lo hacía en el liberalismo, el socialismo y el antiperonismo).

Quisiera finalizar esta reseña con dos comentarios. En primer lugar, resaltar el importante trabajo que se ha realizado de articulación entre las dimensiones intelectuales e institucionales de la trayectoria de Germani, particularmente el trabajo minucioso que se realiza para comprender la vinculación entre la orientación teórico-metodológica-temática de este investigador con su actividad editorial y con las influencias que recibió de escuelas y disciplinas que no han sido resaltados por la bibliografía existente hasta la actualidad, tales como la psicología y la Escuela de Frankfurt. En el mismo sentido, son muy interesantes las vinculaciones que se realizan entre, por un lado, el modo de institucionalización de la sociología en la Facultad de Filosofía y Letras luego de la caída del gobierno de Perón y la dinámica que adquirieron las actividades de investigación, y, por el otro, el desarrollo de la sociología a nivel internacional, y el contexto político local.

En segundo lugar, destacar el modo en que está escrito el libro, que, con la excepción de algunas secciones muy detalladas sobre el estado de la actividad editorial de la Argentina de las décadas de 1940 y 1950, resulta muy fácil de leer desde la primera hasta la última página.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Buch, A. (2006), *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Buchinder, P. (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Halperin Donghi, T. (1962), *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Neiburg, F. y M. Plotkin, (comps.) (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Sigal, S. (1991), *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

MICHEL CARTON Y JEAN-BAPTISTE MEYER (EDS.)***LA SOCIETÉ DES SAVOIRS: ¿TROMPE-L'ŒIL O PERSPECTIVES?***

PARÍS, L'HARMATTAN-IUED-IRD, 2006, 324 PÁGINAS

MATTHIEU HUBERT* Y ANA SPIVAK L'HOSTE**

Gracias a su flexibilidad y capacidad de movilización, la noción de “sociedad de los saberes” o “sociedad del conocimiento” ha sido ampliamente utilizada, desde mediados de la década de 1990, como estandarte de un nuevo movimiento de globalización atravesando distintos campos disciplinarios y esferas políticas, económicas y académicas. Esta obra colectiva editada por Michel Carton y Jean-Baptiste Meyer nos invita a

* Doctorando del Centro de Investigación: Innovación Sociotécnica y Organización, Universidad de Grenoble 2 (Francia). Correo electrónico: <matthieu.hubert@voila.fr>.

** Doctoranda del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidad de Campinas (Brasil). Correo electrónico: <aspivak@unicamp.br>.